

Fabrizio MERONI y Anastasio GIL (coords.), *Laicado y Misión*, Madrid: OMP-PPC, 2017, 302 pp., 14 x 22, ISBN 978-84-288-3121-5.

Este libro recoge las ponencias y comunicaciones presentadas en un seminario sobre la actividad misionera de los laicos, celebrado del 13 al 18 de febrero de 2017 en el Centro Internacional de Animación Misionera (CIAM) en Roma, dependiente del Consejo Superior de las Obras Misionales Pontificias. El seminario se circunscribió al idioma español, con la participación de un grupo significativo de países de América Latina representados por un buen número de directores nacionales de las OMP. Por ello, gran parte de la organización recayó sobre el Director de OMP de España, D. Anastasio Gil y de D. Fabrizio Meroni, Secretario General de la Pontificia Unión Misionera.

El tema vertebrador del encuentro venía dado por la significativa incorporación de laicos a la cooperación misionera entre las Iglesias. Parecía oportuno clarificar la vocación del laicado, y poner en común las experiencias sobre su presencia activa en la misión, especialmente a la luz de la famosa carta del papa Francisco al card. Ouellet, de 19 de marzo de 2016, donde el Papa denunciaba el clericalismo que implicaría considerar a los laicos como simples auxiliares subsidiarios de los pastores o de los religiosos. Con ello, el Papa subrayaba la importancia de comprender bien la renovada eclesiología del Concilio Vaticano II, y la vocación laical en el contexto de la relación Iglesia y mundo. Los participantes tuvieron la oportunidad de escuchar al Dr. Guzmán Carriquiry, Secretario del Consejo Pontificio para América Latina, que ofreció una amplia glosa de la carta del Papa.

Desde esa perspectiva conciliar se presentaron las ponencias, que ofrecían el marco para los diálogos posteriores. El conocido experto en la materia, profesor Eloy Bueno, de la Facultad de Teología del

Norte de España (sede Burgos), expuso el marco teológico-ecclesial y la dimensión misionera de los laicos. El prof. José R. Villar, de la Universidad de Navarra, analizó la dimensión «secular» de la vocación laical; mientras que el prof. Santiago Madrigal SJ, de la Universidad Pontificia de Comillas, se ocupó de exponer la dimensión «ecclesial» del laicado. En el marco trazado por esas intervenciones se desarrolló un amplio diálogo –imposible de recoger por escrito–, del cual dan idea las comunicaciones publicadas en el libro, y que reflejan los acentos que aportan los diversos contextos eclesiales y sociales de los participantes.

Se me permita comentar alguna idea de quien esto escribe, y a quien le correspondió desarrollar el tema de la «secularidad» del laicado. Como es sabido, el Concilio Vaticano II caracterizó al laico por su «índole secular», es decir, por la situación humana en la que se encuentra en el mundo, que en los cristianos laicos es un dato teológico mediante el concepto de «vocación»: los laicos son llamados por Dios «ahí», en el mundo, para que contribuyan a su configuración cristiana. Bien entendido que no existen dos esferas, la «espiritual» (de los sacerdotes y religiosos) y la «terrena» (de los laicos). Lo propio de los laicos es el *modo* de realizar esa configuración del orden secular, que es tarea común a todos: ellos lo hacen «desde dentro» de la misma realidad en la que están situados y donde Dios les ha llamado mediante la fe y el bautismo. Por eso, la posición de los laicos «en» el mundo determina su posición «en» la Iglesia y su servicio «ecclesial»: «buscar el reino de Dios a través de la gestión de las cosas temporales, ordenándolas según Dios» (LG 31). De esa manera el laicado es signo sacramental de la presencia de la Iglesia en el mundo, como la levadura en la masa.

Lo cual implica, como se puso de relieve en las conclusiones del seminario, que la misión requiere que los laicos asuman su tarea en el mundo y afronten los desafíos más urgentes de la evangelización, sobre todo aquellos puestos de relieve en las comunicaciones y debates de los participantes: la injusticia y la pobreza, el desarrollo y la paz, el fenómeno de la globalización y de la movilidad humana, la familia y la educación, el diálogo in-

terreligioso, la inmigración, los medios de comunicación, la cultura y los movimientos sociales, las periferias sociales, los jóvenes, etc. Naturalmente se trata de desafíos que interpelan a toda la comunidad cristiana. Pero los laicos, en virtud de su identidad eclesial, tienen una responsabilidad directa en estos problemas.

José R. VILLAR

Agustín LÓPEZ KINDLER, *Toni Zweifel. Huellas de una historia de amor*, Madrid: Rialp, 2016, 192 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978-84-321-4694-7.

El subtítulo procede de las palabras dichas en su lecho de muerte por el ingeniero suizo biografiado: «mi vida ha sido una historia de amor». El autor es sacerdote y catedrático de latín, y ha vivido y trabajado muchos años en Suiza, también con Zweifel, el primer numerario del Opus Dei del país helvético, que murió en 1989, como consecuencia de una leucemia, a los 51 años de edad. «Hablaré de un hombre fuera de lo común, pero que no llamaba especialmente la atención», afirma López Kindler (p. 9). De origen suizo-italiano, hijo y nieto de protestantes, Toni trabajó como investigador en el Politécnico de Zúrich, como director de una residencia de estudiantes y creador de la Fundación Limmat, dirigida a la cooperación y el desarrollo en más de 70 países.

Zweifel era el típico suizo, trabajador y voluntarioso, culto y políglota, esquiador, ciclista y montañero, además de aficionado al submarinismo. Pero además destaca por ser un célibe laico (no consagrado), que buscaba la santidad en el trabajo y en medio del mundo, en este caso del mencionado país centroeuropeo. El biógrafo destaca cómo el joven ingeniero abandona un posible proyecto matrimonial por seguir su vocación al celibato apostólico en 1962.

Esta llamada constituye un fenómeno pastoral y espiritual novedoso que hunde sus raíces en los primeros cristianos, especialmente en las figuras de los ascetas y las vírgenes. En la vida del ingeniero suizo se alternan un éxito inicial en la fundación solidaria que crea con criterios profesionales y financieros (pp. 63-91), con el posterior fracaso tanto en el intento de fundar un centro de conferencias en Schongau –con una intensa actividad en contra de los medios de comunicación– como en su larga y dolorosa enfermedad, que supo llevar ofreciendo un ejemplar testimonio cristiano (pp. 93-129). En este desenlace estuvo acompañado de cerca y con frecuencia por el beato Álvaro del Portillo (1914-1994), quien procuraba ir con frecuencia a Zúrich para estar con él.

El capítulo VII traza un perfil espiritual del ingeniero suizo (pp. 131-181), donde aparecen bien descritos con ejemplos concretos sus virtudes naturales y sobrenaturales, su piedad litúrgica y su vida de oración, su trabajo y su espíritu de contemplación. El autor destaca igualmente la alegría que experimenta desde que pide la admisión en el Opus Dei, así como su sentido misionero y evangelizador que empezaba por su propia familia y llegaba a las amistades más